

Guillermo Koenenkampf.

Apaga el fuego . . .

I



EVABA con blanca insistencia sobre el desamparado techo de la casita. A ratos, los copos de nieve caían por el ámbito en quieta sucesión, y se quedaban colgando de los aleros de calaminas, o pasaban a hundirse en el tajo de la montaña, hasta que de pronto un hálito invisible detenía por un segundo el plácido descender; y entonces, los sorprendidos copos se estremecían indecisos e iban después de acá para allá, volteando en locos remolinos, como si una gran garza infinita sacudiese en los altos cielos su albo plumaje de sedas congeladas.

El escondido ulular de un silbato vino ahogar el rumor blanco, sin ruido, de la nevazón. Casi simultáneamente, rasgando el vívido cendal, un hombre apareció a trancos lerdos y apresurados por la borrada huella de la escarpa, en dirección a la choza. Con premioso movimiento, abrió la puerta de sólidos tablo-

nes, ante la que se abatían las rachas tumultuosas, y se sacudió, al entrar, las espesas plumillas de nieve que le cubrían la casaca de cuero.

Cerró maquinalmente, tras de sí, la puerta, y tirando a un lado el velludo capuchón, en dos zancadas estuvo en el otro extremo del cuarto, junto al lecho donde le esperaban los grandes ojos abiertos de una mujer. Se inclinó el hombre, con extrema suavidad, ante ella, y le dió un beso largo, interminable, en la frente, palpándole al mismo tiempo las manos y las mejillas. Después, con la misma infinita suavidad acuciosa, le acomodó el grueso chal sobre los hombros, y se quedó mirando las pupilas azules que le interrogaban:

—¿Mucho frío, afuera, Pedro?—habló la voz tenue de la joven, reparando no obstante—como siempre—en las manos tibias del hombre, entre las cuales se acurrucaban sus yertas manos azulosas—. ¿Mucho frío, mi Pedro?

En su semblante transparente ardían dos llamitas róseas, bajo los pómulos palidecidos, y en sus ojos, de un infinito azul de cielos ausentes, se reflejaba a su vez, en sendas llamitas mortecinas, la viva llama de una hoguera que otro hombre emponchado y hierático alimentaba en el rincón más opuesto del aposento.

Bajo el aspecto enérgico de Pedro se disimulaba una tremenda y creciente angustia. Contestó, oprimiendo aún inextinguiblemente las manos exangües de la enferma:

—Sí, amor; mucho frío . . . ; pero menos que ayer. Ya el tiempo va a mejorar, y te hará mucho bien. Abriégate así, amor mío, así . . . y volvió a acuñarle las frazadas de lana de vicuña, al mismo tiempo que le mullía los almohadones, a las espaldas. Al fin, se fué hacia el hombre que alimentaba la llama, y le habló algunas palabras en idioma indio. El hombre echó aún algunos puñados de yaretas al fuego, y alzándose de la piedra sobre la que estaba sentado, salió del cuarto, en silencio.

II

Mientras Pedro Roca iba cada día, desafiando los agudos puñales del viento y de los fríos, a enterrarse en el lóbrego pique de la mina, el indio Rosendo, sentado sobre la piedra, avivaba incesantemente el fuego de la alcoba. Era, éste, como un gran fuego sagrado que debía arder noche y día, y el pongo, con sus perfiles hieráticos escorzados bajo el ancho poncho talar, semejaba a la vez un extraño sacerdote.

¿A quién oficiaba sus ritos el silencioso indio? ¿Era al dios fuego, que retorció ahí su lengua, hablándole en misteriosos chisporroteos, o era, por el contrario, a la diosa nieve, que amortajaba afuera, con su manto frígido, las yertas montañas? No; el indio Rosendo no adoraba ni al ardoroso Viracocha o al Tanapa de sus antepasados, ni a la virgen Cocha, madre de las aguas adormecidas. Rosendo calentaba solamente la

estancia para que el frío de la nieve no extendiese también dentro de ella su manto mortal. Y ahí dentro de la estancia, acostada en su lecho, estaba ella «la niña». Ella, «la niña», frágil, hermosa como una divinidad precisamente, había aparecido ante esa remota choza de la montaña, una tarde en que él estaba acullillado delante de la puerta, mirando el poncho de vivos colores que el sol ponía sobre los empinados hombros del Licancáur. ¿De dónde aparecía? Delante de ella, con extraño aspecto de fugitivo, caminaba un hombre, guiando del cabestro la mansa mula en que la rubia aparición venía montada. Ese hombre era don Pedro Roca. El extranjero pidió hospitalidad, y el indio se la dió:—«Amo bueno»—, dijo, haciendo pasar a los viajeros al interior de la cabaña. El amo de Rosendo estaba esos días, ausente, «por ahí nu más» (el indio mostró con un gesto desvaído los larguísimos caminos que caían por el poniente hacia San Pedro de Atacama), y cuando algunos días después volvió, el extranjero le compró la choza. Y le dijo el extranjero, a Rosendo Quispe:

—Tu amo se va, y yo me quedo en la casa. Si tú quieres, te quedas con nosotros...

El sirviente miraba indeciso al viejo amo que se iba, ese hombre de aspecto fiero y bondadoso, que había llegado hasta el corazón de la montaña como en busca de refugio o de felicidad, agregó, indicándole a la niña:

—La señorita es ahora tu ama, Rosendo; y la vas a cuidar mucho, mucho... También es el ama de mi corazón, ¿comprendes?

Y mientras el antiguo patrón se marchaba, y el hombre que le hablaba acariciaba con ardiente arrobo la cabellera blonda de la joven, de «la niña», el buen pongo había contestado solamente, clavando su obscura mirada insondable en la clara mirada azul que le sonreía.

En esa misma mirada que se consumía ahora en el cuenco profundo de los ojos. ahí junto al ventanillo. A ratos, parecía desplomarse, como una azul ala herida, tras los copos de nieve que caían rozando los vidrios, hacia el abismo de la montaña; y a ratos volaba en un afanoso vuelo hasta la puerta de la choza, a través de cuyas maderas creería adivinar acaso la nevada perspectiva de la escarpa.

—Rosendo, dame agua... Rosendo... ¿no viene Pedro?

El indio iba, con la misma mirada insondable, le daba de beber la bebida a la enferma, sin que de sus labios tallados en piedra viva brotasen al fin las palabras. Y volvía a cuidar la llama.

De pronto llegaba Pedro, desde la mina. Mientras caminaba dificultosamente, hundiendo sus claveteados zapatones en el espesor de la nieve, restregábase con encarnizamiento contra los costados, los ateridos dedos de sus manos forradas en lana, porque no se congelasen sus articulaciones, y, sobre todo, por no lastimar

con su frío las manos de la enferma; y al abrir cada vez la puerta de la choza, abríase en su rostro una heroica sonrisa de animación:

—Alicia, mi amor... Aquí estoy ya; aquí estoy... —decíale a la enferma, acariciando una y otra vez el semblante exangüe que se iluminaba fugazmente con su presencia—. ¡Qué frías estas manecitas...! ¡Qué frío aquí dentro!—rectificaba en seguida, mirando con innecesaria mirada el fuego que ardía y ardía, alimentado por el indio.

—Sí, mi Pedro... mi Pedro—repetía ella, florecidos los labios pálidos, de dolor y de amor—. ¡Qué frío...! ¡Tanto frío, mi Pedro, mi Pedro!

¡Se miraban un infinito instante, con tan infinito amor! Después, él iba por la habitación, animoso y alerta; pero, no obstante, consciente de sus fuerzas impotentes... Y veía en torno todos los detalles, y buscaba en vano por todas partes, tantas cosas que ahí necesitaría para la salud de la enferma. ¡Y esa cegadora tempestad de nieve, afuera, susurrando eternamente quizá qué gélida oración de eternidad! Caía y caía, la nieve, helándolo todo, cubriendo con su blanco frío álgido todo el desamparo de la montaña. Sólo el fuego ardía y calentaba, bajo los conjuros de las manos silenciosas del indio, las pobres carnes que tiritaban como palomas de nieve, entre las sábanas del lecho.

Sin sentir el propio frío material, ante la angustia que le helaba el corazón, el hombre hacía fuerzas por serenar su rostro, y volvía junto a la enferma, y le

conversaba animosamente, y trataba de encender en las pupilas azules de la tierna esposa, el calor de las próximas esperanzas. De las efímeras esperanzas...

III

«¡Tanto frío:...! ¡Mi Pedro...! ¡Pedro...!»

Las lúgubres fantasmas de la tempestad aullaban remolinándose en torno de la choza, y por las rendijas de las calaminas el viento metía sus frígid^{os} puñales, que luchaban, dentro, con la espada flamígera del fuego. Incansable y hierático, el indio Rosendo alimentaba la llama.

Pedro Roca, inclinado a la cabecera del lecho, apretaba contra su cuerpo el cuerpo de la enferma, como queriendo así transmitir todo el calor de su corazón al pobre corazón desfalleciente. Miraba fieramente, con la boca contraída como para un sollozo; los sigilosos indicios de la realidad que se aproximaba con pasos de pantera; y en su garganta se atropellaban en vana pugna por salir y gritar, las palabras de su angustia tremenda:

«¡Alicia! ¡Alicia! ¡Alicia!».

—¡Alicia...!— Quería acaso retenerla. Quiso asir aun, con el sortilegio del nombre proferido, ese pobre espíritu sordo, que se escapaba de ese pobre cuerpo inánime; quiso coger aún esa pobre mirada celestísima que se colgaba desesperadamente a sus ojos asimismo desesperados; pero el pavoroso crujir de la

nevada ahogó su grito, y ahogó el inaudible quejido de la enferma. Pedro Roca se enderezó bruscamente, sin sentido, buscando algo—no supo qué: o el enemigo mortal, o la ayuda providencial de un amigo, o de un dios—, en torno suyo, durante unos instantes sin término. Después se volvió a mirarla, a la enferma; se quedó mirándola, sin darse cuenta de si la miraba, a ella, o de si miraba una tenaz alucinación... Se quedó mirando, rígido junto al lecho, el semblante blanco, el semblante que se hacía extrañamente blanco y dulce, de la enferma, de la esposa. Miraba...; la miraba fijamente, interminablemente, tiritando todos sus pensamientos y sus sentimientos, y su corazón, y su boca; sin que pudiese salir de su boca, un grito, o el gemido de una palabra. Inerme, como una piedra partida por un cataclismo, ante el cuerpo de la esposa, no tocaba ni sus manos, ni su frente, en las que iba endureciéndose una blancura sagrada, sintiendo que el frío eterno se había apoderado ya de ellas...

Poco a poco la mirada de Pedro Roca fué cerrándose interminablemente, cayendo en un incommensurable abismo sin expresión. Como si hubiese rodado por el fúnebre tajo de la montaña... Al cabo, alzó la cabeza hacia el indio que, en un obstinado conjuro contra el mortal filo de la nieve, avivaba la llama trémula, y le dijo con voz helada:

—¡Apaga el fuego...!